

VIVENCIAS  
Y CONFIDENCIAS

CRÓNICA PERSONAL | ENRIQUE DOMÍNGUEZ MILLÁN

LA VISITA DE  
UNAMUNO

Imagen de Miguel de Unamuno de una exposición en el monasterio de San Agustín, en Burgos. / Jesús Javier Matías

Muchos días sobre Unamuno con motivo de cumplirse 80 años del famoso incidente con el general Millán Astray que a punto estuvo de costarle la vida y que posiblemente fuese causa indirecta de su muerte pocas semanas después. A los abundantes comentarios en la prensa, la radio y la televisión se ha añadido incluso una representación teatral del enfrentamiento a cargo del actor y académico de la Lengua José Luis Gómez. Esta repentina actualización de la figura de Unamuno me ha hecho recordar su visita a Cuenca, sobre la que poseo algunos datos fidedignos que tal vez puedan interesar a los lectores. Pienso por ello dedicar a este tema la presente crónica.

Es tanto lo que puede decirse del insigne pensador que uno duda por dónde empezar. Tal vez convenga evocar de entrada el citado incidente. Tuvo lugar en el paraninfo de la universidad de Salamanca, de la que Unamuno era rector vitalicio, el 12 de octubre de 1936, en que se celebraba el Día de la Raza y, coincidiendo con la festividad, la apertura del curso universitario. Unamuno presidía el acto, aunque no estaba previsto que interviniera en él. El rector arrastraba un largo historial republicano abiertamente manifiesto desde la restauración borbónica. Era conocido, además, por el gran público como un intelectual rebelde, independiente y defensor acérrimo de la libertad y la justicia. Su rebeldía y su liberalismo le habían ocasionado serios disgustos. En 1914 fue destituido por razones políticas; en 1920 fue condenado a veinte años de prisión por injurias al rey, condena de la que fue indultado, pero al año siguiente, por ataques a Alfonso XIII y al dictador Primo de Rivera, fue de nuevo destituido y desterrado a la isla canaria de Fuerteventura, destierro que prolongó voluntariamente exiliándose a Francia. Regresó en 1930, a la caída del dictador, y fue recibido en Salamanca como un héroe y un mártir. Paladín de la causa republicana, tras la instauración de la Segunda República resultó elegido concejal del ayuntamiento salmantino y diputado de las Cortes Constituyentes en candidaturas del partido socialista.

Pronto se decepcionó del nuevo régimen, como tantos correligionarios, ante las arbitrariedades, injusticias y actos de violencia que enturbiaron la vida española. Por ello aplaudió el alzamiento militar en el que creyó ver la posibilidad de un restablecimiento de los ideales republicanos, algo que los propios sublevados proclamaban inicialmente. Sufrió el más profundo desencanto al constatar la ideología fascista y totalitaria del neonato estado nacionalista y la implantación en su zona de las mismas atrocidades atribuidas a la zona republicana. El anciano rector que aquel 12 de octubre presidía los actos del paraninfo universitario era un ser contrito y desesperado, sin posible adscripción a ninguna de las dos Españas y hundido íntimamente en una sima de incompreensión y soledad. Soportó sin pestañear la invasión de su universidad por una multitud vociferante cuajada de uniformes militares y falangistas. Su indigna-



ción fue creciendo al escuchar los discursos de los oradores y finalmente estalló ante el odio generalizado y particularmente el dirigido contra catalanes y vascos que debían ser aniquilados a sangre y fuego. Miguel de Unamuno, nacido en Bilbao y orgulloso de su cuna, no pudo aguantar más y tomó inesperadamente la palabra para lanzar sobre el sorprendido auditorio las justas acusaciones que parecían impensables en aquel día y en aquel lugar. Fue tras sus últimas palabras –aquellas que decían «vencereis porque poseéis la fuerza bruta, pero no convenceréis»– cuando se alzó el clamor de insultos y amenazas, cuando Millán Astray hizo resonar su vozarrón y sus gritos de «Viva la muerte» y «Abajo la inteligencia», cuando los militares desenfundaron sus pistolas y cuando el desafiante Unamuno pudo pagar con la vida su arrebatado de valor y sinceridad si doña Carmen Polo, presente en la sala, no hubiera tomado del brazo al rector y, abriéndose paso entre la muchedumbre enfurecida, le acompañara hasta la misma puerta de su casa. Pese a este gesto de su esposa, Franco firmó pocos días después –exactamente el 22 de octubre– la orden de destitución del rector y de su indefinido arresto domiciliario. Amargado y abatido, Unamuno moriría repentinamente, por parada cardíaca, el último día del año.

Éste se parecía muy poco al Miguel de Unamuno que había visitado Cuenca cinco años antes. Cuando él vino nuestra ciudad había recibido ya la visita y el tributo literario de Pío Baroja, Azorín, Ortega y Gasset y otros prohombres de la época. Llegó de noche en tren, mediado el mes de noviembre de 1931, y se hospedó en el desaparecido Hotel Romana, que ocupaba un viejo caserón en el centro de Carretería. Su presencia constituyó un auténtico acontecimiento. Apenas se cumplía un semestre de la proclamación de la República y Unamuno era reconocido como uno de los más veteranos e ilustres impulsores de su triunfal advenimiento. Él mismo, personalmente, la había proclamado en Salamanca, ante una multitud enfervorizada, desde el balcón principal del ayuntamiento. Su figura era exaltada en toda España como una gloria nacional. Había sido repuesto con todos los honores en el cargo de rector de la universidad salmantina, un cargo que muy pronto sería vitalicio. Tenía abiertas las páginas de los más importantes diarios y sus opiniones eran acogidas como indiscutibles oráculos. Nada tiene de extraño que la vanguardia intelectual y progresista de Cuenca, en la que se contaban no pocos correligionarios, le recibiera con los brazos

abiertos y se pusiera incondicionalmente a su servicio. Fueron sus guías y acompañantes los profesores Juan Giménez Aguilar, Rodolfo Llopis, José Niño –que había sido alumno suyo en Salamanca– y un jovencísimo Federico Muelas con su pequeño grupo de incipientes escritores y artistas. Durante su breve estancia entre nosotros, el ilustre pensador, ensayista, novelista, autor teatral y poeta recorrió las hoces, anduvo vagando por las calles del casco antiguo, se extasió en los admirables interiores de la mutilada catedral, se asomó a alcores y miradores y se empapó de la historia y las esencias de la ciudad. Quedó tan impresionado que apenas regresó a su costumbre se apresuró a dar a conocer la experiencia y las emociones vividas en Cuenca. Lo hizo en un espléndido artículo titulado *Cuenca Ibérica* que el diario madrileño *El Sol* publicó destacado en su primera página el jueves 26 de noviembre.

*Cuenca Ibérica* no es un artículo meramente descriptivo sino de hondo calado en la verdad trascendente de la ciudad. Habla, sí, de las hoces, de la calle de San Pedro, del barrio del Castillo, pero sin detenerse en pormenores. De la catedral le sorprende y admira lo que, en su opinión, tiene de más valioso y original: su rejería. Le maravilla el escenario natural en que se asienta la ciudad, pero le superpone una invisible capa de incitaciones espirituales. Señala las analogías y diferencias con otros paisajes del corazón de Iberia y distingue a Toledo y a Cuenca como las más preciadas joyas de la entonces denominada Castilla la Nueva. Escribe frases tan bellas como ésta: «Cuenca, sobre la hondonada de sus dos ríos, es como si la ciudad fuese un borboteón de las entrañas de la tierra ibérica». Y la presenta tan cargada de espiritualidad y con tal fuerza de dominio sobre las potencias del alma que no duda en llamarla «castillo interior de la tierra madre, aun más que la Ávila de Santa Teresa».

Unamuno hace una cala breve, pero profunda, en nuestra historia. Se complace en mostrar el contraste entre la entrada complaciente de Alfonso VIII en la ciudad recién arrebatada a la morisca y la entrada sanguinaria de otro Alfonso, el de Borbón y Este, con su horda carlista, un día de julio de 1874, seguida de feroces asesinatos y saqueos, sin ignorar la actuación de la viril y cruel María de las Nieves, su esposa, más conocida como doña Blanca por la soldadesca. No falta –no podía faltar– la alusión a los hermanos Valdés, ejemplares custodios de la fe y de la lengua, y mucho menos la de fray Luis de León, remoto antecesor suyo en las aulas de Salamanca.

Su devoción por Cuenca no se agotó en tan magnífico artículo. Hay entusiastas alusiones en otros escritos suyos. Y hay evidencias de que el recuerdo de la ciudad le acompañó durante el resto de su vida. Poseo el testimonio de una carta dirigida a mí, muchos años después, por el abogado e investigador Cánovas del Castillo –otro devoto de Cuenca–, en la que me cuenta haber sido testigo de una conversación entre Unamuno y un escritor francés viajero por España, el cual, cuando le hablaba entusiasmado de la Alhambra de Granada y del monasterio del Escorial, se vio interrumpido por el rector con esta pregunta: «¿Conoce usted Cuenca? ¿Qué no? Pues entonces no conoce usted la yema de la verdadera España».

Este es el Miguel de Unamuno que se acercó a Cuenca hace 85 años y desde entonces la llevó siempre prendida en la mente y en el alma como una de sus más emotivas vivencias y le prodigó las más fervientes alabanzas. ¿Sería pedir demasiado que, en justa correspondencia, alguna institución o asociación cultural conguense se bautice con su nombre?



*Unamuno hace una cala breve, pero profunda, en nuestra historia. Se complace en mostrar el contraste entre la entrada complaciente de Alfonso VIII en la ciudad recién arrebatada a la morisca*



*Esta repentina actualización de la figura de Unamuno me ha hecho recordar su visita a Cuenca, sobre la que poseo algunos datos*